

UNA EX-REINA.

El castillo de Arenenberg no es lo que se llama un sitio real, es una linda casa: podría pertenecer á Aguado, á Scribe, indiferentemente, mi emocion por tanto provenia de una causa moral que se agitaba en mi cerebro, y no de los objetos fisicos que se presentaban á mi vista.

Esta emocion era tal que despues de haber deseado ardientemente ver á Madama de Saint-Leu, en el momento mismo en que iba á satisfacerse mi deseo, me paraba á cada paso para demorar la hora de la entrevista, mirando sin distinguir y mas dispuesto á retroceder que á continuar mi camino; es que me hallaba á punto de ver realizarse un sueño, ó de perder una ilusion, y es que casi queria mas al instante marcharme con una duda que retirarme mas tarde con un desencanto. De repente, á treinta pasos de mí, y al revolver una alameda, ví tres mujeres y un jóven: mi primer movimiento fué huir; pero era ya demasiado tarde, porque me habian visto: conocí lo ridiculo de semejante retirada, fijé los ojos en el grupo que se adelantaba, reconocí por instinto á la reina, me dirigí á ella.

Ciertamente que no sabia ella lo que pasaba en mi alma, y estaba lejos de pensar que en los dias

de su poder jamás hombre alguno al entrar en su salon de recibo del palacio de la Haya, y al aproximarse al trono donde ella estaba sentada con toda la majestad del poder y con todo el esplendor de la hermosura, habia sentido una emocion igual á la que yo sentia. Todos los sentimientos generosos que encierra el corazon del hombre, el amor, el respeto, la compasion, se agolpaban á mis labios, estaba dispuesto á caer de rodillas, y sin duda lo hubiera hecho á estar ella sola.

Probablemente vió lo que pasaba en mí, porque me sonrió inefablemente alargándome la mano.

— Muy bueno sois, me dijo, en no querer pasar junto á una pobre proscriba sin venir á verla.

Así era yo el que favorecia, y ella la que mostraba agradecimiento: bien, corazon mio! esta vez no te has equivocado; jóven, esa es la reina de tu infancia, graciosa y buena, no te has equivocado! poeta, porque ese es el sonido de la voz y la mirada que dabas en sueños á la hija de Josefina; deja palpar tu corazon libremente: una vez al menos se ha encontrado la realidad á la altura de un sueño; mira, escucha, sé feliz!

La reina se apoyó en mi brazo, y me condujo, porque yo no veia; así anduvimos no sé cuánto tiempo, y despues entramos en el salon. Lo primero que me hizo volver en mí y detuvo mis pensamientos, fué un magnífico retrato.

— ¡Oh! ¡qué hermoso! exclamé

— Sí, respondió madama de Saint-Leu; es Bonaparte en el puente de Lodi.

— Ese cuadro debe ser de Gros, ¿no es verdad?

— Del mismo.

— Sacado del natural sin duda alguna : es tan maravillosa la semejanza del emperador, que es imposible que no sea así.

— Tres ó cuatro veces estuvo el emperador de modelo para él.

— ¿Tuvo esa paciencia ?

— Gros había hallado un medio excelente para conseguirlo.

— ¿Cuál ?

— Le hacia sentar sobre las rodillas de mi madre.

No era un sueño para mí el estar con aquella hija de Josefina que me hablaba de su madre y de su padrastro Napoleon ; que me hacia asistir á una escena de familia, que me enseñaba al leon manso y domesticado, al emperador sobre las rodillas de la emperatriz, y delante de ellos á Gros, el pintor de Jaffa, de Eylau y de Aboukir, pincel en mano y fijando en el lienzo aquella cabeza capaz de abarcar el mundo.

Me fui á sentar en un rincon, dejé caer mi cabeza entre las manos, y me abismé en un océano de pensamientos. Cuando volví en mí y alcé los ojos, ví que Mad. de Saint-Leu me miraba y sonreía comprendiendo demasiado bien las causas de aquella falta de atencion, para aguardar disculpas que de ningun modo yo pensaba en darle.

— ¿ Quereis seguirme ? me preguntó.

— Seguramente.

— Venid.

— ¿ Y qué maravilla me vais á hacer ver ?

— Mi relicario imperial.

Me llevó delante de un mueble cerrado con cristales como una biblioteca, en cada uno de cuyos

estantes habia colocados objetos que habian pertenecido á Napoleon ó á Josefina.

Desde luego una cartera marcada con las iniciales J. N. contenia la correspondencia del emperador con la emperatriz. Todas las cartas eran autógrafas, fechadas en Marengo, Austerlitz, Iena, escritas sobre una cureña, los piés sobre la sangre, y todas contenian una pa abra de la victoria. Además habia páginas de amor ; pero de amor profundo, ardiente y apasionado como lo sentia Werter, René, Antoni. ¡ Qué organizacion inmensa la de aquel hombre que encerraba á la vez tantas cosas en la cabeza y tantas en el corazon !

En seguida vimos el talisman de Carlo-Magno ; este talisman es toda una historia. Escuchadla.

Cuando se abrió en Aquisgran el sepulcro donde habia sido enterrado el gran emperador, se encontró su esqueleto vestido con su traje romano : llevaba en su frente desecada su doble corona de Francia y de Alemania ; á su lado junto á su limosnera de peregrino, estaba Joyosa, aquella buena espada que, segun el monje de San Dionisio, hendia en dos pedazos á un caballero armado de todas armas : sus piés descansaban sobre el escudo de oro macizo que le habia regalado el papa Leon, y de su cuello se hallaba suspendido el talisman que le hacia invencible. El talisman era un pedazo de la vera Cruz que le habia enviado la emperatriz. Estaba encerrado dentro de una esmeralda, y esta esmeralda se hallaba suspendida de una cadena de gruesos eslabones de oro. Los habitantes de Aquisgran se lo regalaron á Napoleon cuando hizo su entrada en aquella ciudad, y en 1811 Napoleon se la puso jugando al cuello de la reina Hortensia, confesán-

dola que en las jornadas de Austerlitz y de Wagram la había llevado él mismo en el pecho como noventa y cinco años antes Carlo-Magno.

Por último, allí se conservaba el cinto que ciñó su costado en las pirámides; el anillo de boda que él mismo había puesto en el dedo de la viuda de Beauharnais, el retrato del rey de Roma bordado por María Luisa, sobre el que había descansado su última mirada. Aquel ojo de águila se había cerrado sobre el mismo objeto que ahora tenía á la vista; su moribunda boca había tocado aquella seda y humedecidola su último suspiro: y no hacía un mes aun que el hijo había muerto tambien clavados los ojos en el retrato de su padre. El tiempo y la libertad nos revelarán tal vez el secreto providencial de esta doble muerte. Entretanto postremonos y adoremos.

Pedí ver la espada traída por Marchand de Santa Elena, legada por el duque de Reischstad al príncipe Luis; pero la reina no había recibido todavía aquel don mortuorio, y temía no recibirlo jamás.

Sonó la campana para la comida.

— ¿Tan pronto? exclamé yo.

— Volvereis á ver todo esto mañana, me dijo la ex-reina.

Después de la comida volvimos al salon, y al cabo de unos diez minutos anunciaron á madama Recamier. Esta era todavía reina; pero reina del talento y la hermosura, así la duquesa de Saint-Leu la recibió como á una hermana.

He oido discutir mucho sobre la edad de Mad. de Recamier; verdad es que yo no la he visto mas que de noche con un vestido negro y con el cuello y cabeza envueltos en un velo del mismo color; pero

por la juvenil allivez, la belleza de sus ojos y bien torneadas manos apostaría que no tenía mas de veinte y cinco años.

Así es que me asombré cuando oí hablar á aquellas dos mujeres del Directorio y del Consulado como de cosas que habían visto. Por último, se rogó á Mad. de Saint-Leu que tocase el piano.

— ¿Os gustará la música? me preguntó volviéndose á mí medio levantándose, y esperando mi respuesta.

— ¡Oh! sí, respondí yo juntando las manos.

Cantó muchas canciones cuya música había compuesto últimamente.

— Si no fuese osadía de mi parte os rogaría una cosa, la dije.

— ¿Y bien qué me rogariais?

— Que canteis una de vuestras canciones antiguas...

— ¿Cuál?

— Aquella que empieza:

*Vous me quittez pour marcher à la gloire,
Partid al campo, do la gloria os llama.*

— ¡Dios mio! Apenas me acuerdo ya: la compuse en 1809. ¿Cómo es posible os acordeis vos que apenas habiais nacido cuando se hallaba en boga?

— Tenia ya cinco años y medio, y entre las canciones que mi hermana mayor cantaba, esta era mi canción favorita.

— No hay mas que un inconveniente, y es que ya no me acuerdo de la letra.

— Yo la recuerdo.

Me levanté en seguida y apoyándome sobre el respaldo de su silla comencé á dictar los versos siguientes :

Vous me quittez pour marcher à la gloire;
Mon triste cœur suivra partout vos pas;
Allez, volez au temple de mémoire;
Suivez l'honneur, mais ne m'oubliez pas.

« Me abandonais para marchar á la gloria, mi triste corazón os seguirá por todas partes; id, volad al templo de la memoria, seguid el honor, empero no me olvidéis. »

— Sí, eso es, en efecto, dijo la reina con tristeza. Yo continué :

A vos devoirs comme à l'amour fidèle,
Cherchez la gloire, évitez le trépas;
Dans les combats où l'honneur vous appelle,
Distinguez-vous, mais ne m'oubliez pas.

« Fiel á vuestros deberes lo mismo que al amor, buscad la gloria y evitad la muerte ; distinguíos en los combates á donde os llama el honor, empero no me olvidéis. »

¡Que faire, hélas! ¡dans mes peines cruelles!
Je crains la paix autant que les combats :
Vous y verrez tant de beautés nouvelles,
Vous leur plairez!... mais ne m'oubliez pas.

Qui, vous plairez et vous vaincrez sans cesse;
Mars et l'Amour suivront partout vos pas ;
De vos succès gardez la douce ivresse,
Soyez heureux, mais ne m'oubliez pas.

« ¿Qué hacer ; ¡infeliz! en mis crueles penas? Temo la paz tanto como los combates : ¡veréis tantas

nuevas bellezas! ¡las agradareis!... empero no me olvidéis.

« Sí, agradareis y vencereis sin cesar : Marte y el Amor seguirán por doquiera vuestros pasos, guardad la dulce embriaguez de vuestros triunfos, sed dichoso, empero no me olvidéis. »

La reina pasó la mano por sus ojos para enjugar una lágrima.

— ¡Qué triste recuerdo! la dije yo.

— ¡Oh! sí, ¡muy triste! Sabeis que en 1808 empezaron á difundirse los rumores sobre el divorcio, rumores que traspasaron el corazón de mi madre viendo que el emperador iba á partir para Wagram; sobre esta partida pidió á Mr. de Segur que la hiciese una canción. Le presentó los versos que acabais de recitar, y mi madre me los dió para que yo los pusiese en música, y el dia antes de la salida del emperador se los canté. ¡Pobre madre mia! se me figura aun que la estoy viendo siguiendo en la fisonomía de su esposo que me escuchaba meditabundo, la impresion que le causaba esta canción que tan adecuada era á la situacion de entrambos. El emperador escuchó hasta el fin, y cuando se extinguió el último eco del piano se dirigió hácia mi madre y la dijo : — Sois la criatura mejor que he conocido en el mundo; y besándola luego en la frente suspiró y se entró en su gabinete : mi madre derramó un torrente de lágrimas, porque desde entonces conoció que se hallaba condenada. Ahora ya concebireis el recuerdo que tiene para mi esa canción, y al recitármela acabais de tocar todas las cuerdas de mi corazón cual si fuese una clave.

— Mil perdones : ¿cómo no he adivinado esto? Ya no os pido mas...

— Si tal, dijo la reina volviéndose á colocar al piano, sí tal. Sobre esa desgracia han venido á pasar tantas otras que es una de las que recuerdo con mas dulzura; porque el emperador amó siempre á mi madre, aunque separado de ella.

Dejó correr sus dedos sobre el piano, hizo oír un melancólico preludio, y cantó en seguida con toda su alma y con el mismo acento como debia cantar delante de Napoleon.

Dudo que jamás hombre alguno haya sentido lo que yo experimenté aquella noche.

UN PASEO EN EL PARQUE DE ARENBERG.

Madama la duquesa de Saint-Leu me habia convidado á desayunarme con ella el dia siguiente á las diez; pero como yo habia pasado parte de la noche escribiendo mis notas, llegué algunos minutos mas tarde de la hora indicada. Iba á disculparme con la duquesa por haberla hecho esperar, lo que era mas imperdonable no siendo ya reina; pero me tranquilizó con afable bondad diciéndome que el almuerzo no seria hasta el medio dia, y que si me habia convidado para las diez era únicamente para tener mas tiempo de hablar conmigo; al mismo tiempo me propuso un paseo por el parque, yo respondí ofreciéndola mi brazo.

Anduvimos como unos cien pasos en silencio, yo lo rompi el primero.

— ¿Teniais alguna cosa que decirme, señora duquesa?

— En verdad que sí, respondió mirándome, queria hablar de París, ¿qué habia de nuevo cuando salisteis?

— Mucha sangre en las calles, muchos heridos en los hospitales, no bastantes prisiones y demasiados prisioneros (1).

(1) Estas líneas fueron escritas antes de la amnistia: no he querido borrarlas, porque de una reconvencion que eran antes, se han convertido en un elogio. Es preciso dejar á cada cosa el carácter del tiempo en que se publica.

— ¿Habeis visto los dias 5 y 6 de junio?

— Sí, señora.

— Perdonadme, pero tal vez voy á ser muy indiscreta; por algunas palabras que os oí decir ayer, conocí que érais republicano.

Me sonreia.

— No os habeis equivocado, señora duquesa, y sin embargo, gracias al sentido y color que los periódicos del partido á que pertenezco y de quien participo todas las simpatías, aunque no todos sus sistemas, han hecho tomar á esta palabra, antes de aceptar la calificación que me dais os pediré el permiso de hacer una exposicion de mis principios. Esta profesion, dije, seria ridicula ante cualquiera otra mujer, pero ante vos, señora duquesa, que como reina habeis oido tantas palabras austeras como expresiones frívolas en vuestra cualidad de mujer, no tengo reparo, ni vacilo en deciros por qué puntos toco al republicanismo social, y por qué disidencia me alejo del republicanismo revolucionario.

— ¿Entonces no estais de acuerdo entre vosotros?

— Nuestra esperanza es la misma, señora, pero los medios para alcanzarla son diferentes: algunos hay que hablan de cortar cabezas y repartir las propiedades; estos son locos é ignorantes. Os parecerá asombroso que para designarlos no me sirva de un término mas enérgico, pero es inútil, porque ni se les teme ni son de temer; se juzgan muy adelantados, y están atrasadísimos, pues datan de 1793 y estamos en 1832. El gobierno aparenta temerlos mucho, y sentiria que no existiesen, porque sus teorías son la aljaba de donde él saca sus armas: estos no son republicanos sino *republiceros*.

Otros hay que olvidan que la Francia es la hermana mayor de las naciones; que no se acuerdan que su pasado es rico en toda especie de recuerdos, y van á buscar entre las constituciones suiza, inglesa y americana la mas á propósito á nuestro país: estos son soñadores y utopistas. Consagrados enteramente á sus teorías de gabinete y en medio de sus imaginarias aplicaciones, no consideran que una constitucion no puede ser duradera sino en cuanto nace de la situacion geográfica del pueblo, y en cuanto es el resultado de su nacionalidad y es apropiada á sus costumbres. De ahí proviene que no habiendo en el mundo dos pueblos cuyas costumbres, nacionalidad y situacion geográfica sean idénticas, cuanto mas perfecta sea una constitucion, mas individual será tambien, y por consecuencia mas aplicable al país en donde se ha formado, que á cualquiera otro sea el que fuere; los que esto hacen no son todavía republicanos sino *republicuistas*.

Otros hay que creen que una opinion consiste en un traje azul y grandes barbas, chaleco grande, enorme corbata con puntas, sombrero puntiagudo, y son los parodiadores y ladradores; excitan á los motines, pero se guardan de tomar parte en ellos, levantan barricadas y dejan que otros mueran en ellas; y comprometen á sus amigos, se ocultan por todas partes como si fuesen los comprometidos: estos tales no son tampoco republicanos, sino *republicuillos*.

Pero hay otros, señora, para quienes el honor de la Francia es una cosa santa, que ellos quieren conservar inmaculada, hombres para quienes una palabra dada es un juramento sagrado, que no pue-

den sufrir ver infringir al rey ni al pueblo, cuya vasta y noble fraternidad se extiende á toda nacion que sufre y á toda nacion que se despierta de un sueño; estos han ido á derramar su sangre en Bélgica, en Italia y en Polonia, y han vuelto para hacerse matar ó prender en el claustro de San Mery: estos, señora, son los puritanos y los mártires. Llegará un día en que no solamente serán llamados los desterrados y se abrirán las cárceles á los cautivos, sino que tambien se buscarán los cadáveres de los que han muerto para levantarles sepulcros; toda la falta que se les puede atribuir es la de haberse adelantado á su época, y de haber nacido treinta años demasiado pronto: estos, señora, son los verdaderos republicanos.

— ¿No tengo necesidad de preguntaros si pertenecéis á estos últimos? me dijo la reina.

— ¡Ah! señora, le respondí, no puedo lisonjearme del todo con este honor. Sin duda tengo por ellos todas mis simpatías; pero en vez de dejarme arrebatar por mis sentimientos, he apelado á la razon, y querido hacer en la política lo que Fausto en la ciencia; bajar y tocar el fondo. Un año entero he permanecido sumergido en los abismos de lo pasado, y si al principio tenia una opinion instintiva, he concluido por adquirir una conviccion razonada. Ví que la revolucion de 1830 nos habia hecho dar un paso, pero conocí tambien que este paso nos habia llevado desde la monarquía aristocrática á la de los ricos, y que esta monarquía del dinero era un trámite que era preciso gastar antes de llegar á la magistratura popular. Desde entonces, señora, sin hacer nada para aproximarme al gobierno, del cual me habia alejado, he dejado de serle enemigo,

y le miro tranquilamente seguir un período cuyo fin no veré yo probablemente. Aplaudo lo que hace de bueno, protesto contra lo que hace de malo, pero todo sin entusiasmo, sin odio. Ni lo acepto ni lo recuso, lo tolero: no lo miro como una dicha; pero lo creo una necesidad.

— Pero, á vuestro modo de entender, no es probable un cambio.

— No, señora.

— Sin embargo, ¿si el duque de Reischstad (hijo de Napoleon) no hubiese muerto y hubiese hecho una tentativa?

— Hubiera salido mal: yo así lo creo al menos.

— Es verdad: olvidaba que, segun vuestras opiniones republicanas, Napoleon no debió ser para ellos mas que un tirano.

— Perdonad, señora, yo lo miro bajo otro punto de vista; en mi opinion, Napoleon fué uno de esos hombres elegidos desde el principio de los tiempos, los cuales reciben de Dios una mision providencial.

A estos hombres se los juzga, no segun la voluntad humana que les hace obrar, sino segun la voluntad divina que los inspira, no segun la obra que han hecho, sino segun el resultado que ha producido. Cumplida su mision, Dios los vuelve á llamar, creen morir, solo van á dar cuenta.

— ¿Cuál era, pues, la mision del emperador en vuestro sentir?

— Una mision de libertad.

— ¿Sabeis que cualquiera que no fuese yo, os pediría pruebas de ello?

— Y os las daría á vos misma.

Quando Napoleon, ó mas bien Bonaparte, apareció á nuestros padres, señora, la Francia salía no

de una república sino de una revolución. En uno de sus accesos de fiebre política había adelantado tanto á las demás naciones que había roto el equilibrio del mundo; era preciso, pues, un Alejandro para aquel Bucéfalo; un Andrócles para aquel león. El 13 de vendimiario los puso cara á cara: la revolución fué vencida. Los reyes que debieran haber reconocido un hermano en el cañon de la calle de Saint-Honoré, creyeron tener un enemigo en el dictador del 18 de brumario: tomaron por cónsul de una república al que era ya jefe de una monarquía, y los insensatos en vez de aprisionarle con una paz general, le hicieron una guerra europea. Entonces Napoleon llamó á sí todo cuanto había de jóven, valiente y entendido en Francia y lo derramó por el mundo. Hombre de reacción para nosotros se encontró serlo de progreso para los demás, y por do quier que pasó arrojó al viento el grano de las revoluciones. La Italia, la Prusia, la España, el Portugal, la Bélgica, la Rusia misma, han llamado despues sucesivamente á sus hijos á la sagrada siega, y él como un labrador cansado de su trabajo los ha mirado con los brazos cruzados desde la cima de su roca de Santa Elena. Allí tuvo una revelacion de su mision divina, dejó caer de sus labios la profecía de una Europa republicana.

— ¿Y creéis, repuso la reina, que si el duque de Reichstad no hubiese muerto, hubiera continuado la obra de su padre?

— A mi parecer, señora, hombres como Napoleon no tienen padres ni hijos: nacen como meteoros en el crepúsculo de la mañana, atraviesan de uno á otro horizonte el cielo que iluminan y van á perderse en el crepúsculo de la tarde.

— ¿Sabéis que lo que decís es poco consolador para aquellos de su familia que conserven alguna esperanza?

— Así es, señora, porque nosotros no le hemos dado un lugar en nuestro cielo, sino á condicion de que no dejaria heredero en el mundo.

— Y sin embargo, ha legado su espada á su hijo.

— El don le ha sido fatal, señora, y Dios ha anulado el testamento.

— ¡Oh! me asustais, porque su hijo la ha legado al mio.

— Será pesada de llevar á un simple oficial de la Confederacion suiza.

— Sí, teneis razon; porque esta espada es un cetro.

— Tened cuidado, señora, de extraviaros, mucho temo que no vivais en esa atmósfera halagüeña y embriagadora que llevan en pos de sí los desterrados. El tiempo que corre para los demás parece estar detenido para los proscritos. Siempre ven á los hombres y á las cosas del mismo modo que las dejaron, y sin embargo los hombres cambian de faz, y las cosas de aspecto: la generacion que ha visto pasar Napoleon de vuelta de la isla de Elba se extingue todos los dias, y aquella marcha milagrosa ya no es un recuerdo, sino un hecho histórico.

— Así creéis que no hay ya esperanza para la familia de Napoleon de volver á entrar en Francia.

— Si yo fuese el rey, la llamaría mañana.

— Yo no quiero decir de esta manera.

— Pues de otro modo tiene pocas probabilidades.

— ¿Qué consejo daríais, pues, á un individuo de esta familia que soñase la resurreccion de la gloria y del poder napoleónico?

— Le aconsejaria que despertase.

— ¿Y si á pesar de este consejo, que para mi ver es el mejor, persistiese aun y os pidiese otro?

— Entonces, señora, le diria que obtuviese se le levantase el destierro, comprase tierras en Francia, se hiciese elegir diputado, dispusiese por medio del talento de la mayoría de la cámara, y se sirviese de ella para derribar á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar (1).

— ¿Y pensais, repuso la duquesa de Saint-Leu con melancolía, que cualquiera otro medio seria vano?

— Estoy convencido de ello.

La duquesa suspiró.

En aquel momento la campanilla llamaba al almuerzo, y nos dirigimos al castillo pensativos y silenciosos: durante toda la vuelta no me dirigió ni una palabra la duquesa; pero al llegar al umbral de la puerta, se paró y me dijo mirándome con una expresion indecible de angustia:

— ¡Hubiera querido que mi hijo hubiese estado aqui, y oido todo cuanto me acabais de decir.

(1) El éxito ha comprobado la exactitud del plan de Alejandro Dumas. — Luis Napoleon vuelve del destierro, es diputado, presidente de la república y emperador.

CONTINUACION Y DESENLACE DE LA HISTORIA DEL INGLÉS QUE HABIA TOMADO UNA PALABRA POR OTRA.

Despues de almorzar me despedí de la señora duquesa de Saint-Leu; encontré á Francesco en Stúckborn á donde le habia mandado de correo, y en donde me aguardaba ya con un carruaje: marchamos en seguida, sobre las ocho de la noche llegamos á la fonda de la Corona en Schaffausen.

El día siguiente me fui á pasear en cuanto me levanté, por la ciudad, y la primera cosa que se presentó á mis ojos en la plaza misma de la fonda, fué una estatua que representaba á un hombre del siglo xv, con el puño de la mano derecha cortado, circunstancia que, como se adivina, despertó inmediatamente mi curiosidad. Era evidente que á aquella mutilacion debia de ir unida alguna leyenda. Buscaba con los ojos á alguno que pudiese ponerme al corriente de la historia particular del individuo representado, cuando descubrí en el umbral de la posada á un mozo de la fonda fumando flemáticamente en su pipa de espuma de mar, hojas secas de cualquier yerba que le habian vendido por tabaco. Me fui á él, pensando que á nadie podia dirigirme mejor para saber por qué causa habian cortado la mano de aquel personaje, cuya